# La Transmodernidad como hermenéutica de la cultura

MSc. Roberto Luis Díaz Perojo

Departamento de Filosofía y Teoría Política

para las Ciencias Naturales y Matemática

Facultad de Filosofía, Historia y Sociología

Universidad de La Habana, Cuba

La época contemporánea es faro de una totalidad tecno-social, inscrita en el marco de la Revolución Industrial 4.0. Más bien, se atiende a un proceso de resignificación de la ciencia como forma simbólico-cultural en el siglo XXI, justo en un contexto histórico en el cual, los procesos sociales se encuentran habilitados desde estructuras teórico-prácticas exclusivas de la ciencia y la técnica en detrimento de la narrativa pretérita hombre-naturaleza. A la sombra de tal circunstancia, se encuentra también el viejo fantasma del espíritu moderno, resurgido con la peculiar condición de un restablecimiento efímero desde el ámbito digital. Lo estético pertenece a la economía del *like y del post*, dos herramientas estratégicas desde las que son configurados los niveles de aceptación socio-virtual para el individuo: el ámbito de lo comunicacional administra las pautas para el fenómeno cultural del presente. La red es el medio para la realización del lenguaje en la figura de un sistema de códigos que viabilizan el acceso a lo cotidiano. Lo privado es sustituido por el dominio público en esta, la era del bit. La instrumentalización acelerada estimula el despliegue de una enajenación colectiva global donde el dispositivo electrónico ha devenido en sujeto y el hombre en objeto. A este escenario se añade la aparición de la Inteligencia Artificial como una entidad semi-autónoma y reguladora, que marca el acceso categórico a una nueva instancia social. La IA es un nuevo acontecimiento en la modernidad del presente, encargada por demás, de suplantar los procesos cognitivos en el sujeto y reinventar identidades. Esta concepción del mundo coloca ante un plano específico: instala al sujeto contemporáneo ante una representación de la *cultura transmoderna* y sus efectos.

Sucede entonces que surgen una amalgama de teorías, prácticas discursivas, realidades y narrativas; las cuales, en su relación de coexistencia, viabilizan el acceso a una forma de reflexión interpretativa-crítica de la contemporaneidad. Aparece así, la función simbólica de las cosas, el proceso de producción de sentido y la mixtura ineludible entre el fenómeno de lo transmoderno y su función significante.

Existe un valor agregado que la Transmodernidad posee al ser abordada por algunos teóricos como una etapa histórica de superación respecto a la Modernidad y la Posmodernidad. Sin embargo, desde el abordaje que ofrece la filósofa e investigadora Rosa María Magda, quien introdujo el término en su texto *La sonrisa de Saturno: hacia una teoría transmoderna (1989)*, la Transmodernidad supone un período que ha conjugado ambos posicionamientos al punto que toma lo revolucionador de uno (el espíritu moderno) y lo contradictorio e irreverente del otro (la disrupción postmoderna) para así generar una nueva retórica. Inclusive la Transmodernidad supone un nuevo paradigma y la fundación de nuevos metarrelatos, esta vez relacionados con el mundo científico tecnológico que implica cierta fiabilidad, sospecha y posicionamiento crítico gracias al complemento evolutivo que encierra. De esta manera, el manejo del concepto puede variar en un intento de visualización sistémica no hermética. Esto significa que varios enfoques son posibles en cuanto al uso del término, en una simbiosis aparecen, por un lado, lo transmoderno como fenómeno; y por el otro, la Transmodernidad como período histórico referente a la automatización de los procesos de producción.

Lo que este cambio de percepción indica es una nueva estrategia lingüística con connotaciones sociales, en tanto el mundo transita por un contexto en que debe cambiar su forma de representación simbólica: comenzó con la Modernidad y el ideal de racionalización, continuó con la Posmodernidad y ahora se re-teorizan todo tipo de relaciones en nombre del progreso. A este respecto, el debate toma otras rutas epistémicas justificadas por la proposición de la continuidad/ruptura de la modernidad. Así la Modernidad presume tener un solo enclave para su enunciación (occidental-europeo por demás) y disímiles alternativas según la locación geográfica, atendiendo a las más variopintas fórmulas político-económicas y al alcance del Capitalismo. Y no aplica que, con el fenómeno de la globalización, se trate de una Transmodernidad hegemónica exclusivamente occidental o capitalista, sino que se asiste a unas versiones particulares del fenómeno transmoderno por todo el mundo amén de la irregularidad de contextos.

Esta revolución de la información que la Transmodernidad supone, sitúa tanto a las Ciencias Naturales como a las Sociales ante un posicionamiento que, como el propio Kant infería, necesita de un análisis de las condiciones de posibilidad. La Biología cambia de paradigmas ampliando las fronteras para la comprensión evolutiva del hombre, la Física sus niveles de aprehensión en cuanto a la existencia de mundos posibles, la Sociología redefine gestos de los entornos comunitarios, la Historia se manifiesta desde lo continuo-disruptivo; y todas en conjunto, hacen un llamamiento a pensar el hombre desde una impronta tan novedosa y agresiva como la tecnología. Cuando se entrecruzan tales epistemes, se instaura un campo de significados que adentra la reflexión filosófica en un estado de resignificación continua, anunciando como vía de decodificación principal la tarea hermenéutica.

Perfilar este entorno como un cometido impostergable no es casual. La interpretación de la época transmoderna encierra una carga cultural que reclama (por sus propios efectos y consecuencias) la intervención de un análisis. En este sentido, la hermenéutica de la cultura deviene fuente de acceso a un nivel diferente con un alcance y un compromiso práctico bien definido. No obstante, la propia heterogeneidad transmoderna, indica la necesidad de una visión sistémica que desde el espacio de la filosofía garantice su caracterización precisa. Para ello es necesario extraer las herramientas más sustanciales de los procesos de la transdisciplinariedad y especializaciones radicales, evitando la incursión trivial en teorías de impacto. Bajo esta egida, la reflexión es conducida hacia una interrogante: ¿qué determinaciones fundan a la Transmodernidad como acontecimiento histórico cultural portador de un sentido?

A este respecto, las observaciones concernientes sirven como pretexto para formular una tesis de imbricación. El movimiento de inversión que representa la época transmoderna tiene que estar acompañado de la mediación-superación de los preceptos modernos y posmodernos, pero, además; su misión gira en torno a la puesta en circulación de un nuevo aparato categorial transversalizador que explique tanto la nueva circunstancia como los motivos de esa mediación-superación. La cuestión así descrita no está abogando por reproducir fórmulas en busca de la tierra prometida. La lógica a seguir manifiesta un repudio a lo paradigmático, un descentrar de los sistemas de conocimiento y su positividad sin extraviarse en las anquilosadas pretensiones estructuralistas. Con arreglo a las diferentes posiciones, este ejercicio introduce la peculiaridad de mostrarse desconfiado inclusive con sus resultados preliminares; puesto que también insiste en su autoevaluación crítica, se ocupa de sí mismo en tanto objeto de estudio. Operando de esta manera, el orden teórico acompaña al orden práctico sin diluirse el primero en especulaciones sobre el segundo.

## El subconsciente transmoderno: deseos, pulsiones y emociones

La ruptura que representa el postmodernismo con los cánones racionales de la modernidad, resulta en un claro ejemplo de los resultados del psicoanálisis. Desde una perspectiva interna del sujeto, el mundo exterior empieza a condicionarse desde la conjunción de voluntades, estados mentales, sentimientos y pulsiones. El psicoanálisis representa un modo nuevo de interpretación que restituye elementos míticos posibilitando que la cultura atienda a constituirse desde nuevos procesos simbólicos. El ethos posmoderno (paradigma de los procesos subversivos), y en su interior, la vertiente estructuralista, han resuelto compendiar una situación específica en la cual “el mundo del significantees ya suficientemente amplio para requerir una mirada sobre sí mismo, la producción de sentido comienza a ser efecto de la combinatoria de signos, reorganización de superficie, mar de fonemas y casilleros vacíos”(Magda, 1989, p. 15). Por ende, los procesos de representación están llamados a cambiar de forma perceptible, con independencia de la existencia de preconfiguraciones que están dadas en modelo del mundo por una experiencia anterior y que nos hacen actuar en consecuencia. Con arreglo a esta noción, es que la condición transmoderna puede ser analizada desde el plano psicoanalista como lógica simbólica e interpretación de la cultura, tal como lo refiere Paul Ricoeur en su texto sobre Freud.

Ahondando en la cuestión desde las especificidades del ser humano y la esfera del inconsciente, una de las principales vías de articulación y manejo de la realidad lo constituye el sentido común como voluntad que se materializa en tanto el hombre actúa guiado por instintos. Es así como las experiencias pretéritas o aquellas ideas que el juicio individual considera una verdad corroborada y por tanto un camino correcto a seguir, terminan por configurar la toma de decisiones. Sin embargo, la Transmodernidad advierte que surgido una inversión del proceso: “lo real como vestigio es inventado según la lógica interna de las imágenes que pueblan nuestro inconsciente y nuestra cotidianidad”(Magda, 2004, p. 181). La Internet en su condición de entidad sugestiva, invierte el sistema de relaciones instaurado, haciendo del hombre su objeto y convirtiéndose ella en sujeto-actor del espacio de lo real. Desde el propio inicio de sus actividades diarias como ser tecnológico, el hombre es víctima de un bombardeo constante de información que actúa como un prejuicio que se instala, o sea, condicionan la manera de conducirse en su día a día. El hecho cotidiano desde el cual *los medios privilegian la inmediatez*, expresa cuantitativamente la medida del éxito del marketing sobre la conciencia colectiva. La humanidad está llamada a asimilar su entorno sin cuestionar, a ser hechizados por entidades simbólicas de la tecnología que en tiempos pretéritos causaban extrañez. El ideal de progreso como estructura psíquica estimula su propia normatividad y fijación. El inconsciente tiene ante sí una nueva misión dado que existe una relación de complementariedad entre máquinas y humanos, no una relación de superioridad. Este planteamiento ha adquirido fuerza y legitimidad en el sentido que representa la implantación de una ideología. A este respecto, sin pretensiones idealistas y utópicas, ni discursos vacíos “es preciso comprender hasta qué punto el individuo ya no es alma, sujeto o cuerpo sino hardware, mero terminal físico, y sus decisiones, prediseñado software, conjunto de programas y rutinas que nos permiten cumplimentar las tareas esperadas”(Aguilar, 2017, p. 11) .

Foucault, en su *Historia de la locura en la época clásica* (1964)*,* describe cómo se gesta en la historia universal el fenómeno de *la sin-razón* y se convierte en un asunto clínico en su práctica paulatina, cómo se designan variables normativas para su descripción y cómo van apareciendo términos/conceptos/definiciones que luego evolucionan hasta formar parte de lo societal. En la sociedad transmoderna, los sistemas comportamentales derivados del inconsciente y que van ligados a usos de la ciencia y la tecnología, responden a la misma configuración que Foucault considerara para la locura. Siguiendo esta pauta, lo visual logra desplazar el conjunto de representaciones de lo real y conduce la mirada del sujeto hacia un contexto de pérdida de autonomía: se inicia con un acercamiento ingenuo y sensualista, se prosigue con una episteme de lo digital asociada al dispositivo y termina con una depencia que justifica una necesidad cotidiana. Todo ello bajo el manto fenomenológico de un limitar lo visible. Aun cuando existen experiencias que espacan a la percepción del ojo humano, se construyen subjetividades porque el acto de mirar constituye una fuente de placer. Así, el ideal estético, político, religioso, cultural, económico y social del mundo; se edifica en el ciberespacio cual dimensión intangible que funciona como zona de concresiones. La pantalla y el dispositivo red convierten al deseo, el placer, los sentimientos e impulsos en metadatos que al interior del sujeto no existen sino que se materializan en la Internet tierra de nadie. Incluso el cuerpo pierde matices en su concresión efectiva porque solo existe en el fetichismo o en la mirada sexual y erótica de la pornografía como instancia ilustrativa. Precisamente en la reanudación de esta visualidad, radica el éxito de la trasnmodernidad y la vorágine fugaz que representa.

## Imaginario estético: arte y arquitectura transmoderna

La *high tech* y la *mass media* han intervenido de forma radical la manera en que el hombre se representa a sí mismo y la sociedad desde la concepción de un status quo y una multiplicidad de futuros posibles. Lo que pareciera un problema particular con asentamiento en el arte pop, el performance, los usos holográficos, el maping, el arte conceptual y el video; ha devenido en el imperativo categórico universal de la cultura. En el caso específico del arte, el fenómeno se presenta poliédrico con varias caras para mostrar en el sentido que la relación arte-tecnología se presenta como una entidad técnica y estética, pero simultáneamente puede ser acotado bajo un criterio de ciencia e ingeniería. La naturaleza atractiva y de ocio de las telecomunicaciones, provoca una adaptación vertiginosa de los medios artísticos a las nuevas condiciones de sociabilidad, emitiendo grandes volúmenes de información y teniendo un alcance multiplicado en cuanto a números de espectadores y público, tanto así que “es preciso producir incesantemente para responder a la demanda desbordante de los medios en la llamada sociedad de la información: emisoras, canales de televisión, publicaciones, servidores de Internet proliferan hasta el infinito debido al abaratamiento tecnológico de los costes de producción”(Magda, 2004, p. 112). Tomando como punto de quiebre esta particular imagen, el arte contemporáneo ha creado resistencias renovando sus códigos de significación visual, ha reconfigurado su terreno fuera de los espacios tradicionales de socialización, y condensado su arraigo respecto a sus estructuras raíz.

Uno de los casos más ilustrativos, se encuentra instituido en la fotografía, la cual con su neo-tecnicismo vino a suplantar los viejos rituales de adoración/contemplación que las artes plásticas habían canonizado tradicionalmente; el resultado de este acelerado proceso ha sido el desplazamiento de las vanguardias para en su lugar establecerse el arte digital: “La fotografía invita a la pintura a irse hacia el arte abstracto y expresionista, la estructura de la novela se rehace para incorporar el flas-back del cine, el debate político se adapta al espacio cerrado y la estructura de atención de la televisión”(Arzoz, 2003, p. 21).

A este fenómeno se suman sin miramientos la banalización de la cultura, el facilismo artístico y la producción en serie como tendencias vanguardias que apuntan al desmoronamiento de los tan ensalzados espíritu romántico- contemplativo del arte y su carácter de denuncia. Por tanto, no es de extrañar que el propio capital globalizado haya marcado el principio de técnicas de producción y consumo amparadas en la condición vintage, la fundación de nuevos estereotipos y su divulgación en los medios como producto cultural comercializable. Consecuencia de una simple transición postmoderna inmediata, lo experimental *nuova era* en el arte contemporáneo transmoderno, ha derivado en un acrecentamiento del carácter mercantil de la obra, restando plusvalor simbólico e incrementando ganancias. Todo sobre la base de un conjunto de prácticas exitosas viabilizadas gracias a la personalización del diseño y la capacidad de satisfacer necesidades desde lo exótico y único. Pese a ello, la producción artística ha encontrado su lugar en las tecnologías dominantes. Atendiendo a un tratamiento de la información como componente simbólico o estructural, ha sido posible obrar una crítica sobre las interconexiones entre arte, tecnología y sociedad (y sus consecuencias estéticas o políticas). Dicha posición establece un cuestionamiento a las relaciones epistemológicas y ontológicas tradicionales y convida a pensar modos alternativos de conocimiento y ser. El resultado de esta heterogeneidad indica que un minúsculo cambio de dominio, asiste a la formación de una razón discursiva estética diferente, que ya no se aloja en la distinción obra-receptor, sino en la reorganización soberana de la imagen y el estilo como marketing.

Comentarios aparte, es válido insinuar que la modelación tecnológica en el arte, es en efecto paralela a la transformación del imaginario arquitectónico; con sus discursos, atributos y prácticas interconectadas que están situadas en el contexto de una techné, para así generar una relación de ensamblaje entre formas, comportamientos y significados. Con acomodo a reglas de conciliación, el organismo creativo empieza a gestarse en el marco de una ingeniería ontológica avanzada donde “el arte, como proceso y sistema, ofrece interacción con múltiples mundos, nuevos universos mentales y mediáticos; y la arquitectura se ha vuelto sutilmente semiótica y serialmente transformadora”(Campo, 2018, p. 9). En este sentido, el desplazamiento a lo digital viene a sobredimensionar la representación espacial proyectiva de la realidad desde el correlato técnico y epistémico; donde el arquitecto es liberado de su función como constructor de artefactos reales para convertirse en gestor de una información en un nuevo nivel de racionalidad. Por consiguiente, el proceso de aparatización tecnológica viene a ejercer su propio poder estético e ideológico tanto como la configuración natural y social le permite; logrando salirse de los marcos tradicionales de un diseño en el terreno e instaurando el emplazamiento de los planos artificiales, la codificación, los materiales y la construcción en la realidad virtual que da paso a una nueva clase de dispositivo arquitectónico.

La nueva condición significante de lo estético-artístico-arquitectónico, produce un nuevo concepto de cultura, que no abandona por completo la línea original del sentido etimológico de la palabra, pero que si reorganiza los campos de acción y de interacciones semióticas. El proceso en la Transmodernidad se encuentra multiplicado, difuso y con la afluencia del término *cultura* se registran un número extenso de fenómenos, anomalías y mecanismos.

## Geopolítica e ideología: los contornos del poder

La inserción de los ámbitos geopolítico e ideológico en el debate, marca la entrada en la fase agresiva de la Transmodernidad. Dicha fase es consecuencia directa de un replanteo del radio de acción de la política más allá de las fronteras de un país y la posterior concreción mundial de bloques hegemónicos. ¡Nada provoca más éxtasis que un mecanismo global que actúe en nombre del progreso con una lógica de discursos confusos y contradictorios! He aquí la raíz del problema ideológico: su efectividad geopolítica gracias a la ausencia de un racionalismo crítico.

Examinar de cerca este nuevo fenómeno conduce a fijar el objeto en una imagen más austera, dado que ya no se libran conflagraciones por el dominio de un territorio determinado. Los conflictos bélicos se dan por la preeminencia y posesión del conocimiento, así como por el establecimiento hegemónico de un sistema de creencias y valores ideológicos. La brecha digital que las comunicaciones y la globalización han abierto responde unicamente ante la Infocracia ( el poder de la información concensuada en un espacio) como república platónica ideal. Se está en presencia de las consecuencias directas de un capitalismo cognitivo, epistemológico e industrial; que implica una transferencia de valores culturales, un cambio epistémico que lleva un cambio de conciencia en tanto las colectividades asimilan nuevos tipos de representación civilizatorios que no les pertenecen.

¿El capitalismo sofisticado, qué significa? Significa que el ámbito de la propia tecnología como conocimiento enraizado en la cultura, va delimitando escenarios políticos y relaciones de poder. En consecuencia, uno de estos escenarios introduce una nueva condición para la vida económica en la cual “el mercado favorece un flujo incesante de cambios, en los que el criterio no es ya la lucha de clases, sino la rapidez, esta rapidez que marca la distancia entre los que avanzan y los que se quedan atrás”(Magda, 2004, p. 98). Por otro lado, un acercamiento ingenuo al factor del transporte público frente al automóvil privado, no deja ver con claridad que los usos de la ciencia y la técnica establecen diferenciaciones en cuanto a clases sociales, nivel adquisitivo, status y situación de jerarquización al interior de una misma sociedad civil.

Otro de los fenómenos que contribuye a este estado de desequilibrio lo constituye la carrera espacial que se sitúa en el debate tecnológico como una experiencia de conflicto político. Las economías pujantes y potencias hegemónicas en boga suscitan y promueven el placer de la conquista como sello de identidad que designa poder y progreso. En este sentido, la exploración del universo sirve como justificación en la búsqueda de soluciones a largo plazo, a problemas creados por la propia tecnociencia como el cambio climático, las armas de destrucción masiva y la superpoblación. Sin embargo, la ambigüedad de estas soluciones, genera una desconfianza en la efectividad de los proyectos que los ampara, dando paso a una conclusión inevitable: la exploración espacial es la punta de lanza de una estructura de hegemonía política.

Simultáneamente, la tecnologización de la esfera militar genera una identificación de uno de los rubros que configura el espacio geopolítico y un estado de sitio global. Ciberataques a instituciones e infraestructuras, la guerra mediática, la desestabilización tecnológica, el bloqueo y hackeo de redes como parte de un paquete bien coordinado. Así, el tratamiento moderno de la historia con pretensiones premonitorias, se presenta ahora como realidad innegable ante la inminencia de una Tercera Guerra Mundial, del ascenso de las derechas en el mundo y de los conflictos bélicos como pretexto para una nueva distribución geográfica. El supuesto derrumbe de las grandes narrativas paradigmáticas postmodernas que Lyotard enuncia, supone la aparición de un nuevo enclave desde donde se gestan nuevos metarrelatos; y que, amparados en la geopolítica y la ideología se disfraza de totalitarismo y democracia.

El desplazamiento al interior de la especulación, conlleva a pensar que “la conjugación de todos estos factores de crisis nos remite a la fragilidad política y a la crisis de legitimidad de la cual es objeto” (Dosse, 2013, p. 636). Siguiendo esta pauta, la geopolítica e ideología transmoderna colocan ante el ideal de progreso, la implantación de una ciberdemocracia cuyo funcionamiento sobrepasa las nociones tradicionales de izquierda y derecha. La representación de esta sociedad virtual sin lastres pretéritos, convida al pragmatismo y modela una nueva idea de libertad basada en el flujo de información. Se está entonces ante nuevas posibilidades de sujeción política que no responden a un único mecanismo de dominación, y que, por demás, se encuentran en constante desplazamiento de los marcos de lo real que es la práctica social:

“Frente a la totalidad plena, de razón, de sentido, de sistematicidad, nuestro escenario presente adquiere el semblante de (…) la quimera de transformar el mundo apretando un teclado. Frente a la épica sangrienta de las revoluciones, el minimalismo digital, la asepsia de la imagen en la pantalla. El misil es una línea luminosa que alcanza su objetivo, la guerra, un docudrama mortal” (Magda, 2004, p. 79).

## La Transmodernidad entre lo decolonial y lo eurocéntrico

Un nuevo fantasma recorre, sacude, invade e inquieta a América Latina, África y a todos aquellos territorios en calidad de sujetos oprimidos: *el fantasma de la teoría decolonial.* Heredera de la Ilustración moderna y sus paradigmas emancipatorios, la epistemología decolonial da parte de la instauración de un nuevo fenómeno teórico-práctico de corte transversal, agudo y que supone una experiencia simbólica radical. Consciente del fracaso de la Modernidad y del asentamiento de la Ilustración en una versión particular de cada territorio, el discurso teórico decolonial pretende dar las pautas necesarias para un correcto funcionamiento social. Según contexto y horizonte significante, el sujeto está llamado a arremeter contra las formas simbólicas y fenómenos que le resultan hostiles, de forma tal que cada lugar de enunciación se convierte en bandera de repudio. Para el caso específico de una teoría descolonizadora, Occidente funge como la gran entidad corporal y retórica que lleva el ritmo en el ejercicio predicador de la humanidad. Por tanto, “la historia negada de los pueblos, las mujeres, los oprimidos, no puede construirse por simple denuncia y sustitución, porque esta identidad, se ha configurado con las mismas armas conceptuales con las que los dueños del saber, de los territorios, de los cuerpos, han construido su hegemonía”(Aguilar, 2017, p. 13) .

A partir de esta experiencia particular, la Transmodernidad ha profundizado dos consecuencias ideológicas fundamentales: el recurso de la marginalización y la cultura de la resistencia de las comunidades. Dichas consecuencias son espejo de un escenario que venía permeándose en los países en condición de colonia desde mediados de la etapa moderna y que fue solidificado en la Postmodernidad. Lo que aquí destaca es cómo la puesta en proceso de las minorías étnicas frente a la imposición de los ideales racionales occidentales, ha fundado la existencia de un pensamiento intercultural de liberación cuyo enfoque intenta ser expansivo de corte regional y continental. Cuando se asumen estas teorías que parten de un anti-eurocentrismo en pos de construir un pensamiento autóctono y sistémico, se eleva a gran escala la funcionalidad, puesto que se implementan nuevas operaciones que trascienden la academia latinoamericana en la búsqueda de soluciones concretas a problemas reales: “Sólo los movimientos de subversión social, en el momento de mutaciones o de revoluciones, pueden brindar un campo de acción social a este proceso de repudios”(Kristeva, 1972, p. 22).

Sin embargo, el desarrollo disparejo de una conciencia colectiva, instala de lleno el testimonio de una narrativa poco esperanzadora para los designios libertarios. El primero de los elementos que abala esta tesis radica en la polarización de criterios y teorizaciones no consensuados respecto al problema. Para no tomar más que algunos ejemplos, pudiera pensarse el lugar de enunciación de Enrique Dussel y de la propia Rosa María Rodríguez Magda, gestora del término transmoderno. Si bien no se trata de una lucha encarnada, las valoraciones en el caso de Dussel, responden a criterios que se encuentran circunscritos a un ideal de superación de la Modernidad y en consecuencia a la puesta en marcha de un proyecto periférico que vele por no cometer los mismos errores. Por su parte, Rodríguez Magda es consciente del reduccionismo que este enfoque propone, por tanto, reformula el movimiento hacia un lenguaje más sistémico que involucra inclusive un ejercicio de autoconciencia por parte del hombre/sujeto acerca de su propia condición como sujeto transmoderno inscrito en un espacio geográfico que implica una visión colonial o decolonial. Sin embargo, en Dussel y en la mayoría de teóricos adscritos a la tan sonada teoría decolonial o de liberación, subsiste un problema de mayores connotaciones que implica la puesta en circulación de esta teoría desde el aparato conceptual europeo-occidental: *combatir al opresor con los propios recursos de opresor*. De esta manera el proceso atiende a un sistema de reciclaje fortuito y oportuno que convida al estancamiento y a la no proliferación de herramientas firmes para la crítica al colonialismo.

El segundo de los elementos, se encuentra íntimamente relacionado al fenómeno de la identidad cultural como articulación de un deber ser. En este nuevo proceso se producen dos momentos: la emergencia de un nuevo sujeto y la inserción del diálogo intercultural. El nuevo sujeto se encuentra adscrito a patrones morales renovados estrictamente contextuales que le posibilitan pensar una distribución codificada de la identidad social atendiendo a la emancipación como posibilidad. Pero, además, este sujeto atiende a un proyecto civilizatorio. Por otro lado, en el caso específico del diálogo intercultural se produce el despliegue de un registro que demanda de una validación como entidad simbólica “con pretensión de democratizar la democracia o, lo que tal vez sea lo mismo, construir un orden universal de convivencia sin exclusiones, pero también sin inclusiones subordinadas ni reconocimientos distorsionados”(Acosta, 2020, p. 75). Desde la base interpretativa que estos dos momentos develan, aparece como lucha de contrarios el abordaje entre la idea de *nación* (de enfoque y esencia moderna capitalista) frente a la concepción de comunidades étnico-culturales; dando paso un horizonte que fluctúa en el juego de las negaciones. Paralelo a este proceso, se encuentra en gestación un creciente interés en el estudio de los espacios enunciativos de la teoría decolonial por parte de teóricos europeos y occidentales (el lavado de cara colonial) como lo que pretende ser un ejercicio de reafirmación hegemónica, situación la cual ha lacerado la unidad y provocado la deformación de la red decolonial originaria. Por tanto, las vías de modelación simbólica correspondientes a la identidad cultural también han sucumbido ante el superyó colonial.

El tercero de los elementos está estrechamente relacionado con el espacio de la ausencia, la cual “viene siendo constantemente referida desde los discursos críticos con la Modernidad”(Magda, 2004, p. 17). Lo que precisamente define esta ausencia, es la abdicación de procedimientos efectivos en pos de un proyecto de emancipación, la inercia ante la tentativa de nuevos contextos con aroma europeizante. Y este fenómeno resulta en un colofón que conduce de lleno al fracaso de la puesta en marcha de una capacidad simbólica identitaria.

Como consecuencia directa del repudio generado por la lucha de estos contrarios, entra en juego el problema social de una *cultura universal* como figura de unidad. Este tópico pretende dar un nuevo giro a la historia en el funcionamiento de los procesos de significación, puesto que trasciende la simple coexistencia de la cibercultura, por un lado; y las deformaciones-crisis étnicas por el otro. La multiplicidad de separaciones desde las que cotidianamente se trabaja este fenómeno de segregación, aparece ahora bajo el sesgo de lo universal presentando puntos de mira de homogenización desde el ámbito de la ciudad y la nación. Dicha conclusión genera un tipo de racionalidad poco frecuente puesto que conlleva un flujo de cambios respecto a las nociones tradicionalmente establecidas. Necesario es aclarar que no se trata de extender (como tarea forzada) el fenómeno de la globalización a comunidades, minorías y etnias específicas; sino de establecer los criterios que sirvan de asidero a nuevas concepciones facultativas e instrumentales. En este sentido, el aspecto teórico, los congresos, la episteme y el conocimiento encapsulado en la academia resultan inservibles. Todos y cada uno de estos elementos se muestran como los tabiques que fungen como soporte de la estructura del sentido; o sea, la experiencia como constitutiva de un dispositivo real, el lugar donde se enuncia la práctica de la liberación que pugna por eliminar la lógica capitalista hegemónica.

## El sujeto transmoderno: identidad y sentido

De vuelta al sujeto se hace harto difícil lograr una nomenclatura que actúe como conceso generalizado luego de una multiplicidad de conceptos asociados a su situación contemporánea. Sin embargo, Andoni Alonso e Iñaki Arzoz en su texto de 2003, definen al hombre actual como *homo ciberneticus* y es esta una de las denominaciones más acertadas si de procesos identitarios se trata: “Este *Homo ciberneticus* es el nuevo ser humano, nacido de las postrimerías del XX como heredero directo del *Homo tecnologicus* de la modernidad”(Arzoz, 2003, p. 29).

Este proceso de metamorfosis ubica al hombre ante una nueva situación, y, por ende, ante una serie de disyuntivas que solo pueden ser solventadas desde una educación del sujeto en las cuestiones de ciencia y tecnología, con vistas a garantizar un acceso coherente y de transformación en la realidad que le compete. De aquí se deslinda que, como primer desafío, sea perentorio la constatación empírica de un estado de aceleración en la ciencia y la tecnología, que las ubica muy por delante respecto a los niveles de comprensión del sujeto/usuario.

Si de una cuestión en concreto debe tomar partido el sujeto transmoderno, es del manejo consciente de la narrativa del futuro dado el caso que la tecnología necesita ser pensada desde la filosofía. El referente así descrito, emula con el arte y la ciencia ficción por el primer puesto como retórica de una época. El uso del sistema representativo tecnológico y de los mecanismos de credibilidad científica son los elementos claves para esta historia del futuro. Desde los comics hasta el cine (pasando por todo tipo de productos audiovisuales) se comienza a estructurar un relato futurista que va desde robots autónomos y sublevados, hasta autos voladores:

“el poderoso instrumento que es actualmente la divulgación científica, ha de ser atendido con especial atención tanto para no perder de vista los hallazgos y debates decisivos como para denunciar sus excesos y los espejismos que dibuja sobre nuestras expectativas del futuro”(Arzoz, 2003, p. 90).

Amén de esta situación; la muerte del hombre, el sujeto en proceso, la fractura del cogito y la disipación paulatina del ser humano, insisten como conjunto de aspectos heredados de la Postmodernidad. Todos y cada uno de ellos aprehenden y caracterizan el estado del arte o los vaivenes teórico-prácticos desde los cuales ha intentado la filosofía tomar cartas en el asunto. El camino de tal sistema de representación pone en evidencia abiertamente un adagio de antaño: “hay que aprender de los procesos, fundamentalmente de los procesos históricos”. De esta manera, la simbiosis del discurso y el lenguaje pretende referenciar el funcionamiento orgánico de la Transmodernidad como paradigma. La descripción del término con arreglo al fenómeno que enuncia, al tiempo que intenta caracterizar una época, está dando también parte de una actitud crítica a un contexto en que prima el capitalismo tecnológico como totalidad. Esta es la línea transitada por la filósofa española Rosa María Rodríguez Magda, quien en virtud de una correcta definición ha presentado en su texto *La sonrisa de Saturno: hacia una teoría transmoderna (1989),* un cuerpo teórico asociado a territorios heterogéneos y contradictorios, pero partes indispensables del todo caótico que la contemporaneidad representa. Así, la Transmodernidad obedece cada vez más a modelos que representan sociedades-dispositivos pobladas de individuos/sujetos autómatas del consumo y habitantes de la web. Correlativamente aparece la imagen de simulacro manejada por Baudrillard en tanto se desvanecen las fronteras entre lo real afuera y lo real virtual; donde “lo verdaderamente real se encuentra ya no en los paquetes de átomos, sino en los paquetes de bits” (Magda, 2004, p. 18).

Con el apogeo de la fase espejo, la Transmodernidad contiene ciertas ligaciones que la aproximan a la Modernidad en su pretensión de asumir a esta última holísticamente. Este tipo de observación reside esencialmente en la nomenclatura de *la sociedad del conocimiento*. En otras palabras, los paralelismos entre lo moderno y lo transmoderno se presentan como marca paradigmática en tanto se asumen desde el funcionamiento de sus repositorios de saber (la Enciclopedia y la Red), y el cambio radical respecto a la transmisión/gestión del conocimiento:

“Nos encontramos ante un nuevo tipo de enciclopedismo, más azaroso y desigual (…) Pues la idea de Enciclopedia como sistema ordenado de conocimientos fue fruto de un afinamiento posterior (…) La *Red* no responde a jerarquías, la correspondencia entre eruditos es substituida por la Era de la Inteligencia Interconectada”(Magda, 2004, p. 64).

La regularización de estas lógicas, indica el esbozo de un nuevo contexto para el conocimiento, que llega en la figura de una racionalidad social con la puesta en circulación de nuevas epistemes herederas de un desarrollo científico-técnico volátil. Esta situación se debe a la confianza moderna según la cual solo la experimentación conduce al conocimiento científico que actúa como el regente de la subjetividad colectiva y sus modos de actuación: “La razón de la que hoy podemos hablar es procedimental, experimental, situada, destranscendentalizada, utiliza un lenguaje, no ya medio transparente, sino con tintes de protagonismo”(Magda, 2004, p. 52). Por tanto, el conocimiento (cualquiera que sea) alentando una renovación del paradigma ilustrado alinea la idea de una libertad plena, está llamado a trabajar como una *techné de la emancipación en los procesos civilizatorios.*

La puesta en proceso de esta enunciación como dispositivo-puente que revalida las teorías transmodernas, es expuesta con un cambio de perspectiva por el filósofo italiano Maurizio Ferraris desde la dimensión ontológica sobre la que se erige su trabajo. Uno de los elementos estructurales que utiliza Ferraris y hace referencia al enfoque transmoderno desde una nueva conceptualización, se encuentra viabilizado en la teoría del *nuevo realismo.* Dicho enfoque posee un valor agregado puesto que rechaza las deformaciones teóricas provocadas por la Postmodernidad y sus modos de afrontar la relación con el mundo. En este sentido, lo real sirve de base de sustentación a lo epistemológico, rechazando de plano las tesis de: la desconfianza postmoderna en el progreso, el reconocimiento de interpretaciones antes que hechos y de la realidad como socialmente construida. Tal transformación evoca un viraje respecto a los grandes relatos y reprime todo ápice de simulacro subyacente al estilo Baudrillard, estableciendo como respuesta la restauración del principio lógico según el cual la realidad, sirve como base de la verdad y la objetividad. Sin embargo, mención aparte merece el signo hermenéutico que subyace oculto como una pulsión.

En el sentido que el propio Ferraris enuncia/renuncia a la hermenéutica, se esconde un trasfondo peculiar. La observación aquí dispuesta concibe un rechazo por parte del propio autor italiano, dado que es necesario dejar el texto y volver a la exterioridad, a las cosas mismas. Aun así, se trata de una práctica de vanguardia puesto que los procedimientos interpretativos asociados a ella sirven de puntal para el estudio, teorización y puesta en marcha del nuevo realismo. Precisamente mediado por el ejercicio interpretativo, el nuevo realismo atiende a una característica que lo acerca aún más a la noción de equivalencia para con la Transmodernidad. Dicha característica se refiere a *la concepción de la ontología social como teoría de la documentalidad.*

La tesis que sostiene esta teoría, parte de evidenciar que los objetos sociales poseen una geolocalización histórica que supone una condición de documento en tanto cada objeto está asociado a un acto en concreto. En otros términos, el objeto social contiene un acto inscrito y por consiguiente puede ser registrado. La idea que de aquí deriva, narra el momento práctico-histórico en que el objeto es capaz por si solo de dejar una huella, y en su interacción con otro objeto, construir una vasta red de documentos que compete a un archivo. Las implicaciones de esta nueva concepción, van desde lo particular hasta lo general puesto que, desde esta óptica, la realidad social funciona como un gran repositorio con disímiles terminales y puntos de acceso. En un sentido transmoderno, es Internet (la web) el nuevo y más universal de los repositorios de documentos con sus registros diarios y una marcada dinámica relacional.

Esta nueva relación sustancial que emerge entre el nuevo realismo y la revolución tecnológica, y que implica a su vez un nuevo tipo de vínculo entre la epistemología y la ontología, es el *leitmotiv* del tipo de filosofía contemporánea que defiende Ferraris: “el funcionamiento orgánico de la sociedad ha encontrado nuevos sistemas de representación, que también son ideológicos y de identidad”. En este contexto, la descripción de la subjetividad presenta fenómenos cuyos signos resultan en un extrañamiento, lo cual desencadena procesos de significancia con escalas más elevadas de análisis. Esta tesis es descrita en Ferraris, como el resultado de una Filosofía de la tecnología, y plantea la identificación de “sociedades que exigen cada vez más competencias técnicas y prácticas vinculadas a conocimientos tecnológicos”(Ferraris, 2020, p. 32). Y esta filosofía de Ferraris trata pues de una advertencia, en el sentido de volver a las cosas mismas sin dejar de lado la teorización: la preocupación por el conocimiento de la subjetividad y su relación dialéctica con la objetividad.

Ahora bien, manteniendo el debate fuera de los márgenes de teorizaciones fastuosas que la academia impone, ¿cómo se concibe a sí mismo este sujeto/individuo/ciudadano tecnológico ante el mundo caótico de la información y sus excesos que le sobreviene como realidad? De forma reincidente y paradójica, el propio sistema representativo del sujeto transmoderno se encuentra asociado a un cóctel de factores metafísicos, fenomenológicos y sociales, de forma que se encuentra manifiesto en la mundanización extrema, la búsqueda del goce y el placer conscientes, la constatación de la finitud corporal y la celeridad cotidiana. Bajo la égida de grotescos simulacros y crisis de identidad el sujeto transmoderno se perfila rechazando de plano el *conócete a ti mismo socrático* que resulta inservible ante la urgente necesidad práctica de ser en el mundo. El sujeto transmoderno añora alcanzar su libertad desde el paradigma de una democracia efectiva en una sociedad más justa y utópica que desconoce cómo construir. A este sujeto, (en escasas ocasiones auto concebido individuo), pero la mayoría del tiempo autoproclamado ciudadano, no le interesa un Marx alemán defensor del proletariado porque su existencia está abocada primero a garantizar un techo, comida y condiciones básicas de vida. Por el contrario, le resulta más familiar y cercana una singular realidad tutelada por el capital y dinamizada por el mercado en relaciones de dígitos, con la falsa conciencia de saberse poseedor de una riqueza intangible. Al individuo transmoderno lo abruma la razón y el pensamiento, motivo por el cual el conjunto de signos y símbolos que construyen su día a día escapan de su comprensión y aprovechamiento. El sujeto transmoderno desconoce la incisiva conceptualización de la sociedad del espectáculo, porque lejos de perder sentido la expresión, su campo de acción provee de un show digital en el teatro diario que representa la pantalla. Necesaria es la o*ntología de nosotros mismos* que Foucault anunció en 1984, puesto que representa una nueva tecnología, una renovada filosofía del presente: la investigación del sujeto transmoderno debe atender a un estudio desde la arqueología del saber, la genealogía del poder y desde el componente ético de una autoconciencia sin descuidar el ethos intrínseco del prefijo *trans* que justifica los excesos, las incomprensiones del sentido, las falsas teorías y un soprepasamiento que no está. Los aforismos abundan y las soluciones prácticas escasean.

Este proceso serpentino de concebirse y autorepresentarse en tanto que sujeto transmoderno inserto en un contexto paradójico, indica al individuo el fin y sustitución de su identidad; o lo que es lo mismo, la destrucción de lo identitario, sulicuación. Como causa directa de este fenómeno, la nomenclatura tradicional del nombre propio desaparece, y empiezan a surgir en su lugar unos y ceros, aparecen el bit, combinaciones alfanuméricas y el código de barra como entidades prestas a representar lo que es el ser humano: existir es ser percibido en la nube y en la indexación del servidor. A los académicos e intelectuales les es muy a fin esta imagen, puesto que el repositorio web garantiza desde el orden primario del artículo científico, una clasificación por nivel de impacto social que se traduce en visibilidad global y por tanto, en existencia. Si de identidad fracturada se trata, la cultura de masas consecuencia directa del flujo informativo de los medios de comunicación, es un buen modelo al que atender desde la alerta hecha por la Escuela de Frankfurt. Tratando de explicar cómo funciona el fenómeno se tiene que, el otrora receptor/consumidor (pasivo por demás) ha transmutado para asumir el rol de emisor (gestor, administrador, creador de contenidos). Sobre la base de un estasis tecnológico, las masas han adquirido una educación, una cultura que ha invertido su representatividad y autopercepción sin sospechar que contiene también relaciones de subordinación/poder respecto al público a quien va dirigida la información. En los límites así precisados, goza de total vitalidad y aceptación social la idea de un individuo transmoderno transformado biológicamente en la imagen del ciborg: entidad que combina carne, hueso y máquina, poniendo en jaque la relación pretérita finitud-infinitud. Sin embargo, prudente es recalcar que la identidad fracturada no es asunto exclusivo del hombre, la experiencia misma de *lo transgénico* enuncia otro desbordamiento posible fuera de los límites establecidos. La imagen en este caso instituida, sirve como testimonio para justificar la manipulación biológica y presentarla como dinámica de desarrollo contemporáneo necesaria, que, por demás, es aceptada con vítores en el imaginario colectivo. Y esta licuación de la identidad genera el perder de vista la noción sistémica de la sociedad, la idea postmoderna de que lo social es un gran puzzle y el hombre es una pieza pequeña en la gran maquinaria de lo real.

Nada puede hacer por si sola la filosofía establecida hermenéutica ante la vorágine simbólica de los medios. Todo lo contrario, necesita subrayar la relación de complementariedad con el nuevo realismo que precisa Ferraris. En consecuencia, una nueva revolución teórico-práctica debería fundarse. Dar cuenta de ello requeriría corregir la abstracta eficacia de los socialismos actuales con trasfondo económico-político capitalista que alegan un buen funcionamiento estratégico. Por consiguiente, el ejercicio revolucionario debe dar cuenta de las nuevas manifestaciones exponenciales del capitalismo, más allá de demostrar su viabilidad o pertinencia respecto al socialismo. Tal topología refiere a un desenmascaramiento de las putrefactas y pretenciosas nuevas versiones del marxismo clásico en la actualidad. En lo que a esta transformación revolucionaria respecta, la experiencia ética y el lugar frágil de la moral ante la sociedad tecnológica, es un punto también que precisa correcciones: desde las promesas incumplidas, las acciones de doble intención y un escuadrón de organizaciones globales ineficientes; pasando por el signo de los derechos humanos, la falsa educación en valores y llegando hasta una multiplicidad de actitudes individuales discordantes que violan lo que a nivel de sociedad se asume como moralmente correcto. Todo esto sin dejar de tener en cuenta que, amén de estas correcciones, la ética contemporánea transparenta más claramente su condición de espectáculo, (su cometido estético) desde un punto de vista en que la imagen exterior se produce, es elaborada como complemento al status social. Es así como los valores gracias a una frecuente presencia mediática y un compromiso social, se manifiestan en la figura de un sentimiento o actitud como sistemas simbólicos que competen a un cambio de sentido donde el foco principal son las colectividades en detrimento de la práctica individual. La singularidad de esta resignificación ética explica que los lugares tradicionales de su enunciación (filosofía, religión, educación, política) han cedido ante formas maniqueas de la realidad objetiva que se presentan como necesarias.

Si bien se alista esta secuencia de tareas como procesos pendientes, una de las misiones evangelizadoras impostergables de esta revolución respecto a los destinos presentes y futuros del mundo, estaría abocada a pensar la experiencia de la inmediatez mediática como causa de los fenómenos reales. Esto es: evocar la reflexión sobre la lógica cotidiana del marketing como una ontología del yo; en tanto productos, mensajes, industria del entretenimiento y los grados de consumo establecen relaciones comportamentales individuales y colectivas. Pero también es reconocer la hipérbole teatral construida por la manipulación del simulacro como movimiento disociativo y esquizofrénico de valores, lenguaje, signo y representación.

La marcada abundancia de enfoque interpretativos respecto al sujeto y su situación particular respecto a las narrativas del presente y futuro, lejos de enfocar el asunto a distorsiones epistemológicas, pone a relieve una vez más el asunto de la identidad “proponiendo la representación de otra relación con los objetos naturales, con los aparatos sociales y con el cuerpo propio” (Kristeva, 1972, p. 40). Sin embargo, se trata para el individuo de una alianza con la razón instrumental que surge disimulada en su cotidianidad, tal como refieren Horkheimer y Adorno. Comprender esto, es condición necesaria para inscribir la cuestión de una teoría de la subjetividad, de una teoría de la constitución del sujeto.

Y esta arquitectónica transmoderna no representa otra cosa que no sea la posibilidad de conceptualizar el mundo desde un nuevo modo de interpretación de la subjetividad, o sea, desde una nueva descripción del lugar del sujeto. En tal configuración social, como paradoja de peso, el sujeto aparece con total nitidez ante un mundo que supone suyo pero que desconoce: “el sujeto dibujado nos ofrece la imagen reiterada de un individuo extenuado, alienado, instrumentalizado, marioneta movida por los hilos de la mano negra de turno, fragmentación difusa del que sólo un puñado de profetas guardaban su verdad”(Magda, 2004, p. 68). Lo que esta visión designa, es el ámbito de afirmación posible de una ciberontología como ejercicio creador de sentido para la totalidad tecno-social, espacio de realización ampliado del mundo material, que “en un análisis de las raíces del término sería el estudio del ser virtual”(Aguilar, 2017, p. 86). Por lo tanto, las lógicas de entendimiento y reconocimiento se muestran mediadas por el componente virtual, que es un calcado de la propia realidad puesta en un nivel de simulacro y nihilismo. De esta manera, el fundamento del yo se concibe como ausente y la representación objetual como ilusoria.

Lo que subyace oculto como mensaje entre líneas del proyecto transmoderno es el utópico intento de un proceso emancipatorio antes añorado por la Modernidad y puesto en primer plano en la Postmodernidad. La heterogeneidad y volatilidad hyper-acelerada del propio proyecto, advierten del cómo la dialéctica del sentido ofrece nuevas lógicas de lo real imposibles de interpretar en su totalidad. La teoría citada a exorcizar incertidumbres, ha sido suprimida por la sistematización de lo hiperreal, por el *big data* del simulacro y la apariencia que configuran lo cotidiano. En el movimiento de esta práctica revolucionaria, el conocimiento es una partícula en la sociedad científica, que busca legitimarse desconociendo el diálogo intercultural en pos de arraigar un nuevo orden mundial. Singulares condiciones, complejizan aún más la práctica emancipatoria autoconsciente del sujeto en su Transmodernidad líquida.

## Referencias Bibliográficas

Acosta, Y. (2020). *Sujeto, transmodernidad e interculturalidad* Universidad de la República.

Aguilar, M. d. C. G. (2017). *Filosofía práctica: reflexiones desde la transmodernidad*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Arzoz, A. A. I. (2003). *Cartas al Homo ciberneticus*. Editorial EDAF.

Campo, M.-D. H. S. M. A. d. (2018). *Worldmaking as Techné: Participatory Art, Music, and Architecture*. Riverside Architectural Press.

Dosse, F. (2013). *Paul Ricoeur: Los sentidos de una vida (1913-2005)* (P. Corona, Trans.). Fondo de Cultura Económica.

Ferraris, M. (2020). *Metafísica de la Web*. Editorial Dykinson.

Kristeva, J. (1972). *El sujeto en proceso* Ediciones Signos.

Magda, R. M. R. (1989). *La sonrisa de Saturno: hacia una teoría transmoderna*. Anthropos.

Magda, R. M. R. (2004). *Transmodernidad*. Editorial Anthropos.